

## **CARTA CIRCULAR Y DISCURSO DE DESPEDIDA DE SU SERVICIO AL FINAL DEL MANDATO, DEL XIV PRESIDENTE GENERAL DE LA CONFEDERACION INTERNACIONAL DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL**

“In nomine ecclesiae Dei”

Mis queridos amigos y consocios:

Absolutamente todo en la vida, tiene un comienzo y un final. Como la propia vida de cada uno de los seres humanos a los que el Buen Dios, nos ha concedido peregrinar por este mundo, camino de la Vida que no se acaba.

Me toca hoy, ante todos vosotros que representáis en esta Asamblea General a la Sociedad en el mundo, despedirme de los queridos consocios que formáis parte de las Conferencias en los momentos previos a finalizar el servicio al que me llamasteis hace ya casi once años. Un periodo muy largo que al examinarlo en el fondo de mi alma, encuentro muchos motivos para la reflexión personal y comunitaria. Sobretudo motivos para dar gracias a Dios. Un periodo que inicié bajo el lema que he querido diera sentido a mi propia vida tal y como lo enuncié en mi primera intervención ante las Conferencias del mundo el día 27 de septiembre de 1.999: “In nomine ecclesiae Dei”.

Ha sido en mi condición de hijo de la Iglesia, como acepté y asumí en su día este servicio al que hoy me dispongo a poner punto y final. Nunca he entendido el pertenecer a la vez a distintas asociaciones religiosas, por el riesgo de dispersar mis escasas fuerzas y he tenido la enorme fortuna de encontrar en la Sociedad, en las Conferencias de San Vicente de Paúl, todo lo que he necesitado para mi vida espiritual y de entrega al servicio de lo que me reclamada mi filiación eclesial. Mi condición de bautizado.

A lo largo de cualquier servicio que los hombres prestamos, hay cosas que resultan bien y otras no tanto. Hay objetivos que hemos conseguido alcanzar de aquellos que nos propusimos y otros se han quedado arrinconados en el camino, bien por falta de fuerzas, bien porque no hemos sido capaces de seguir el camino que el Buen Dios nos marcaba.

Porque, como escribe el Apóstol de los gentiles: *“No es que por nosotros mismos estemos capacitados para apuntarnos algo como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, que nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva, no de código escrito, sino de espíritu..”* (Pablo 2ª Corintos 3,4-6)

### **Una auténtica colegialidad**

Pero, sin duda, fundamentalmente para aquellas aspiraciones que hemos logrado convertir en realidad, no habrían sido posibles sin la colaboración de tantos consocios como me han acompañado a lo largo de tan dilatado período de tiempo. Pues las Conferencias y esta es la primera aseveración que hoy deseo compartir

con todos ustedes, no existen realmente si no es a través del trabajo colegiado, íntimo y entregado de cada uno de sus consocios en la verdadera comunidad de fe que deben ser todas y cada una de ellas. Todas y cada una de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Como colegiada fue nuestra fundación allá en 1833 y colegiado el servicio que venimos prestando desde entonces

En el futuro, los historiadores que se ocupen de desentrañar y explicar la Historia de esta pequeña y humilde Sociedad durante el período en el que he ocupado la Presidencia General, pueden caer en la tentación, por simplicidad y falta de datos, por comodidad incluso, de atribuir al Presidente General que os habla, todo el mérito de lo que podamos haber conseguido. Sería intelectualmente peligroso por irreal, societariamente injusto por falso y ejemplo pernicioso para el futuro por olvidar la verdadera y buena colegialidad vivida durante todos estos años en la Mesa y la Estructura de Servicio de la Confederación.

Me gustaría contribuir con este mi último mensaje a la Sociedad, a aclarar que en ningún caso ha sucedido así. Esto es: el XIV Presidente General, no ha sido, lo aseguro, más que el aglutinador de las riquezas, de los carismas, de los esfuerzos, de tantos entregados y esforzados consocios, como los que el Buen Dios ha puesto en mi camino a lo largo de estos años. Consocios con una profunda vida espiritual, que han sabido unir la oración y la acción.

Mi llegada al Consejo General, en el año 1.999, fue la culminación de unos meses profundamente desgarradores, en los que dudé de mi capacidad para la misión para la que unos cuantos consocios, querían proponerme. Sabía y era muy consciente de mis propias limitaciones y me parecía que de ninguna manera debía aceptar aquella proposición que tan descabellada me parecía. Que no debía aceptarla por puro amor a las Conferencias de San Vicente de Paúl a las que pertenecía desde los diecisiete años. Finalmente, los argumentos de los consocios, sobre los que algún día posiblemente escribiré, llenos de buenos sentimientos hacia la Sociedad, me convencieron y acepte la posibilidad de la carga de servicio en la Presidencia General de la Sociedad, si los consocios finalmente me la confiaban.

Pero recordada esta parte de la historia personal y societaria, ya saben los que mejor me conocen, que no soy hombre que se complazca en contemplar el pasado, ni incluso el presente. Soy hombre, así ha querido el Buen Dios que lo fuera, que ha pretendido siempre mirar al futuro y soñar. Soñar siempre como obligación profunda de quien ama a Dios y se siente amado por El. He querido aspirar siempre a una vida perpetuamente ensoñada que me obligara a mirar a los tiempos futuros e intentar en cada ocasión, alertarme e intentar alertar a mis amigos, a mis consocios, para que esos nuevos tiempos, no nos alcancen sin la preparación necesaria. Que no nos alcancen por sorpresa y sin el suficiente conocimiento de los mismos. Que no nos alcancen habiendo dejado de soñar.

¿Qué deparará a la Sociedad los tiempos por venir?

En esta última intervención del XIV Presidente General ante la Confederación Internacional de la Sociedad de San Vicente de Paúl, ante la plenitud de las Conferencias por todos ustedes representadas aquí, permítanme una serie de meditaciones en voz alta, de reflexiones íntimas de un consocio, que sean el legado

final a la Sociedad como resumen, complemento y fin, de las Cartas-circulares que les he remitido a lo largo de estos últimos once años. Las últimas palabras de quién, feliz, regresa a su Conferencia con la ilusión de haber intentado cumplir con su deber, por doloroso que esta haya sido a veces. Que no duden ustedes que así ha sido en innumerables ocasiones: doloroso.

### **¿Qué y quienes son los pobres hoy?**

A lo largo de mi larga etapa como Presidente General que me ha permitido viajar por todos los Continentes para visitar las Conferencias de decenas de países, he visto multitud de pobrezas atendidas por la Sociedad. Multitud de hermanos nuestros que sufrían y que lo hacían en menor medida, gracias a la ayuda generosa y cercana de una de nuestras Conferencias, Gracias a la cercanía y entrega de nuestros consocios.

A la vez que recibía esa riquísima experiencia, la propia dinámica de cambio acelerado del mundo, me permitía darme cuenta que a pesar de nuestros esfuerzos por atender a los que sufren, no éramos capaces de llegar, en ocasiones, a los nuevos sufrimientos que surgían por doquier. Frecuentemente, ni tan siquiera teníamos constancia de su existencia. No éramos o no queríamos ser conscientes, de los cambios producidos en nuestras sociedades civiles muchas veces por la falta de formación e información a la que más adelante me referiré. Seguíamos atendiendo en la mayoría de los casos, a los problemas que la falta de comida o de vestido, en definitiva: las necesidades primarias, provocaban. Unas necesidades que, sin duda, siguen existiendo y a las que nos debemos. Cierto. Pero no lo es menos que en buena parte del mundo, estas han disminuido de forma evidente y que no hemos sabido emplear esas energías “sobrantes” en hacer frente a las emergentes ya fueran próximas o lejanas.

En esa atención a las pobrezas primarias, me encontré, en muchas ocasiones, con familias que seguían siendo atendidas durante años y años, sin que de nuestra gestión, de nuestra compañía, de nuestra entrega, hubiera surgido el espíritu liberador que los convirtiera en hombres y mujeres completos, libres, que ya no necesitaran la ayuda de otros para seguir su camino de vida. No encontré en ocasiones, que nuestra acción, les ayudara a recuperar la dignidad, tantas veces perdida, que corresponde a los Hijos de Dios.

No siempre nos ha preocupado con la intensidad debida, el que los pobres dejaran de sentirse como tales. No siempre hemos sido conscientes, de la necesidad de ayudarles a salir de esa situación.

Si en la cercanía de las Conferencias esta ha sido una experiencia dolorosa, lo ha sido mayor encontrarme con esa misma despreocupación, en las ayudas entre los países videntinos a través de los llamados Hermanamientos. Hermosa palabra esta última que como ustedes saben, resume y ampara nuestras transferencias de oración, recursos económicos y conocimientos, entre las zonas videntinas más ricas del Planeta y las más pobres.

¡Claro que han existido y existirán en el futuro estos Hermanamientos!. Desde luego. Pero ellos no han estado presididos en muchas ocasiones, por el deseo y la

ansiedad por ayudar a levantar a los seres humanos atendidos por la Conferencia receptora, en hombres completos. En seres humanos libres. Muchas de las Conferencias que prestaban las ayudas, entendían que con el simple envío de los fondos, era suficiente para considerar terminada su labor. Nada más lejos de la verdad y de unos Hermanamientos bien entendidos. Estos o están presididos por esa intención de elevar al hombre caído en necesidad o simplemente son parches con los que intentamos contener lo que nuestra conciencia cristiana nos exige.

Nos acostumbramos, queridos amigos, a no ver más allá de lo que es fácil ver y atender. Nos asusta, a veces, la asunción de compromisos mayores y por lo tanto más comprometidos y exigentes, que son los que hoy necesitan de todos nosotros los que sufren.

Volviendo atrás, una Institución tan grande y extendida por el mundo, debe abrir cauces para la atención a las pobrezas emergentes y los Consejos, deben ocuparse de que los consocios, conozcan todas esas nuevas fuentes de sufrimiento y ofrecérselas como campo de trabajo para ellos. Para los que cada día, se entregan al servicio directo de los más pobres.

Y hemos de hacerlo queridos amigos, de acuerdo con lo que ellos mismos deseen hacer con sus vidas. Esto es: hemos de respetar sus propios anhelos aunque no sean los nuestros ni los compartamos. La Sociedad, las Conferencias, no están para hacer un mundo a su imagen y semejanza. No. Lo están para ayudar a los pobres a liberarse de su esclavitud en la manera que ellos entiendan que son liberados. Una esclavitud que no es siempre solo física, sino que a veces lo es profundamente espiritual y moral.

Este respeto por sus propias opciones, no nos liberará a nosotros de la necesidad y obligatoriedad del consejo amigo y cercano. No nos liberará de la necesidad de indicar lo que entendamos como buenas y malas prácticas. Pero en ese momento, emitida con caridad, con afecto, con humildad nuestra opinión, deben ser ellos los que sufren, los que decidan las formas en las que ellos mismos, busquen su liberación con nuestra ayuda. Ha de ser a través del ejemplo de nuestra vida, de la humildad de nuestras intervenciones, como los seres humanos a los que nos acerquemos reciban, además de con las palabras, el mensaje que deseamos transmitirles. Hemos de manifestar con nuestra vida, lo que la Buena Nueva ha significado para nosotros y que debe ser ejemplo y espejo de lo que puede representar para ellos mismos.

Sin duda, esta actitud ante nuestros hermanos desheredados, nos traerá a veces, fuertes conflictos de conciencia e incluso de pérdida de la paz interior. Cierto es. Pero no lo es menos que el respeto debido al ser humano al que nos acercamos deseando ayudarle y que es, ante todo, un proyecto del mismo Dios, debe asimismo ayudarnos a nosotros mismos a comprender el papel que hoy corresponde fundamentalmente a las Conferencias: el de acompañantes de los pobres con un absoluto respeto a sus opiniones, opciones y formas de vida. Un respeto que debe ser imperfecto reflejo, pero al fin espejo, del que el mismo Dios, sintió por el hombre al que vino a salvar por el amor y no por la imposición.

## **Formación, información, comunicación**

Para todo ello, es necesario un constante deseo de formación y de ampliación del conocimiento del entorno planetario en el que hoy se desarrollan las actividades de los hombres. No vivimos ya en el siglo XIX ni tampoco atendemos a sujetos con aquella mentalidad. Tampoco la nuestra debe ser la misma respuesta de aquellas empleadas por nuestros antecesores.

Han pasado, afortunadamente, los tiempos en los que únicamente nos llegaban las noticias de lo cercano, de lo inmediato, para pasar a recibirlas de la totalidad de lo que sucede en el mundo y con una inmediatez, que a veces sobrecoge a los que ya hemos tenido el consuelo de una larga vida.

Los consocios, si de verdad deseamos corresponder a nuestro compromiso bautismal y a la llamada que un día recibimos del Buen Dios para incorporarnos a las Conferencias, debemos sentir la necesidad de estar al corriente y perfectamente informados, de todo lo que sucede en el mundo y que puede afectar al sufrimiento de los hombres. Debemos estarlo, con la confianza puesta en que nuestra acción individual y comunitaria, por pequeña que parezca, por humilde que resulte, servirá para remitir el sufrimiento de tantos.

No he entendido nunca a los consocios, en general a los hombres, que no sienten esta necesidad constante de formación y de información. La formación permanente, asumida como un reto individual primero y comunitario después en el seno de cada una de nuestras Conferencias, es básica para alcanzar el verdadero sentido apostólico de nuestra pertenencia a ellas. Me atrevería a afirmar que quien no siente esta vocación permanente para aumentar su conocimiento, peca contra el Amor.

Porque el conocimiento, la verdad, nos hará más libres como nos recuerda al Apóstol y por lo tanto: más útiles a nuestros hermanos en necesidad. En principio, porque estaremos más preparados para hacer frente a sus carencias y en segundo lugar pero no por ello menos importante, estaremos más capacitados para ir descubriendo en cada momento, las nuevas causas que hacen sufrir a los hombres a los que nos debemos.

Un conocimiento que gracias a esa formación e información permanente, no se limitará a que conozcamos únicamente lo que ocurre a nuestro alrededor. Conoceremos y veremos, lo que ocurre en otras partes del mundo del que también somos responsables y a las que desearemos hacerlas llegar nuestra ayuda y cercanía. Pues, si es cierto que pertenecemos a una Conferencia determinada, a una comunidad de consocios vicentinos, esta o está abierta al mundo o está gravemente lastrada en su servicio.

El deber de informar, de contar lo que hacemos mediante el trabajo de nuestras Conferencias, nos llevará a que otros, puedan unirse a nuestra labor y seamos más los que proclamemos el Evangelio con la realidad de nuestra vida entregada a los que sufren.

Para ello, hace falta que nuestros grupos, sean realmente vivos y abiertos, de manera que enamoren a los hombres y mujeres que se acerquen a nosotros, como

un día nos enamoraron a cada uno de los vicentinos que hoy formamos parte de la Sociedad.

Unos grupos, cada una de nuestras Conferencias, nunca me cansaré de repetirlo, que nacieron de la voluntad colegiada de aquellos jóvenes parisinos, que se entregaron no a una de las grandes causas generalistas que conmueven a las masas, sino que lo hicieron con vocación de compartir el sufrimiento del ser humano irrepetible y concreto.

### **Somos Iglesia, estamos en la Santa Iglesia de los pobres representándola cerca de ellos**

Nuestra condición de bautizados que todos los consocios poseemos, nos hace que debamos ser muy conscientes de que en virtud de la sangre de Cristo, somos profetas, sacerdotes y reyes. Esto es: al margen de las obligaciones que a todos nos alcanzan como miembros de una Santa Iglesia jerarquizada y magisterial, cada uno de nosotros tenemos la grave obligación de extender el Evangelio personalmente. Es decir, aún cuando por las razones que fueren algún cristiano no deseara sentirse miembro de la Santa Iglesia, no por ello dejaría de estar obligado a extender y proclamar la Buena Nueva.

Recuerdo a Isaías (12,3) cuando nos propone:

“Dad gracias al Señor,  
invocad su nombre  
contad a los pueblos sus hazañas  
proclamad que su nombre es excelso”

Todos los laicos, pero especialmente los comprometidos, tenemos que empeñarnos en ser la voz de Cristo y de extender su mensaje. Como responsabilidad personal. Con demasiada frecuencia, nos limitamos a ser instrumentos más o menos útiles de los responsables de la jerarquía eclesial como cooperadores en la extensión de la Buena Nueva, como si la obligación fuera exclusivamente de ellos. De los consagrados.

En mi opinión, nuestra obligación personal, va mucho más allá y la misma, debe estar sostenida y estimulada por nuestra individual unión con Cristo. Esto es: debemos ser especialmente conscientes de que incluso: si no hubiera jerárquica eclesial en algún lugar, no dejaríamos cada uno de nosotros de estar gravemente obligados a enseñar a nuestros contemporáneos, que Cristo se entregó por nosotros, que murió por nuestros pecados y que resucitó de entre los muertos para nuestra salvación. Que de El recibimos la más alta expresión del Amor y que El espera de nosotros la respuesta al Amor donado gratuitamente.

Debemos sentir la obligación, de trasladar la buena Doctrina a los que carecen de ella, como una parte más de nuestra misión vicentina. Una enseñanza que, como queda dicho más arriba, ha de ser enseñada con la mayor humildad y siempre antes con el ejemplo que con las palabras, sin olvidar desde luego estas últimas cuando la ocasión lo requiera. Pero siempre antes el ejemplo de lo que Cristo significa en nuestras vidas y a lo que Su presencia cercana nos impele.

Una obligación especialmente grave hoy, cuando las diatribas contra todo lo que signifique cristianismo y la cultura que este ha representado e impregnado en la Humanidad y no solo en Occidente, están continuamente cuestionadas en la mayoría de los medios de comunicación y en el mensaje de los poderosos. Una respuesta ineludible de los cristianos que nos alcanza especialmente a los católicos y en mi opinión, muy particularmente a los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Esta grave obligación, ciertamente, entiendo nos concierne especialmente a los vicentinos. Con mucha frecuencia, actuamos en múltiples lugares del mundo donde la única presencia de Cristo, se siente a través de la entrega de las Conferencias y de sus consocios. No podemos por tanto, limitarnos a socorrer a los que sufren, sin ocuparnos de hacerles llegar ese mensaje liberador y salvador para sus almas. Para la vida de cada uno de ellos como lo es para las nuestras.

Todos contemplamos como un signo mas de los tiempos, el declinar de los consagrados y la desaparición de Instituciones cristianas que antes, llevaban aparejada a sus trabajos por los hombres la voz de Cristo a los pueblos. ¿Qué hacer ante todo ello?. Si los laicos olvidamos nuestras responsabilidades, la voz de la Santa Iglesia de los pobres, no podrá llegar a todos aquellos que la esperan aunque no la conozcan. A todos aquellos a los que el conocimiento del Amor de Dios por los hombres, les haría simplemente mejores y más felices. A todos aquellos que de tal conocimiento, sacarían las fuerzas necesarias para mejorar y enseñorear el mundo al que pertenecen.

Sueño con unas Conferencias especializadas que realmente se ocupen como indica nuestra Regla y asumiendo que ninguna obra de caridad es ajena a nuestra actuación, se ocuparan casi exclusivamente de hacer llegar el mensaje de Cristo a todas las personas que se encontraran en su cercanía. Sueño con unas Conferencias de la Buena Nueva.

Unas Conferencias de la Buena Nueva, que fundamentalmente en aquellos países donde la capacidad de sus Estados hayan hecho prácticamente desaparecer las necesidades primarias, encuentren en la extensión del Evangelio, en la proclamación de la Buena Nueva, el motivo que las lleve a trabajar en comunidad de fe. En Conferencia de San Vicente de Paúl.

Los hombres del mundo que existe hoy y al que intentamos servir, no presenta mayores dificultades que las que encontraron los fundadores. Tampoco los medios a nuestra disposición para atenderlas son los mismas. El descreimiento, la falta de valores, la amoralidad que se siente en tantos de los ambientes en los que vivimos, debe hacernos reaccionar y prestarles la atención necesaria.

Romano Guardini en frase feliz en tanto que resume las carencias de nuestro tiempo, dejó escrito: "cuando el hombre rechaza la verdad, enferma. Ese rechazo no se da ya cuando el hombre yerra, sino cuando abandona la verdad; no cuando miente, aunque lo haga profusamente, sino cuando considera que la verdad en sí misma no le obliga; no cuando engaña a otros, sino cuando dirige su vida a destruir la verdad. Entonces enferma espiritualmente".

Ese es un campo de trabajo para esas Conferencias de la Buena Nueva: el devolver a los ambientes en los que ello nos sea posible, los conceptos claros del bien y del mal y clarificar las enormes diferencias que los separan y que los hombres, en nuestro tiempo, hemos difuminado hasta casi hacerlos desaparecer.

Ayudar a recuperar el concepto de pecado, no solo como trasgresión de las Leyes eternas del Creador, sino como un concepto, el mal, que vive entre nosotros, que destruye al ser humano y lo incapacita para poder servirse a si mismo y a los demás.

Hemos de estar, especialmente cercanos en estos tiempos a los consagrados. A aquellos miembros de la Santa Iglesia, que han dedicado su vida al servicio del Pueblo de Dios. Hemos de ayudarles en ocasiones, incluso a encontrar las claves de su servicio al Pueblo de Dios que es hoy diferente al que solicitábamos y necesitábamos ayer. Hemos de hacer que sientan próximos y prestos a ayudarles en sus necesidades, a los laicos que conformamos las Conferencias de San Vicente de Paúl. Una cercanía comprometida, caritativamente crítica en ocasiones y no simplemente de acompañamiento y asentimiento a los planteamientos que defendieran salvo en lo puro y estrictamente magisterial. Una compañía de hijos de Dios con la misma dignidad que recibimos todos en el Bautismo.

La compañía, la cercanía y el compromiso cerca de los consagrados, de unos laicos cristianos que, sin perder tal condición y agrupados civilmente, al margen de cualquier vinculación jurídica eclesial salvo aquella que nos corresponde a cada uno individualmente, les acompañemos y seamos sus mejores y mas humildes colaboradores. Con la humildad de la verdad de la que escribía Santa Teresa de Jesús.

Una independencia jurídica, en cuanto Institución dentro de la Iglesia, absolutamente necesaria como ya descubrieron nuestros Fundadores, que hable al mundo de la responsabilidad y del compromiso de todos los cristianos de entrega a la extensión del Evangelio. Desde nuestra independencia jurídica de la Santa Iglesia, mas necesaria hoy que nunca, afirmemos y reafirmemos nuestra vocación de servicio a esa misma Santa Iglesia por la voluntad de nuestros corazones fraternamente unidos en las Conferencias de San Vicente de Paúl.

### **Dentro de la Iglesia: cada Conferencia, un colegio. La preocupación por los consocios. Una fundación permanente**

Si hay algo que destaca en nuestra Fundación y que tantas veces hemos olvidado, es que nacimos colegiadamente aunque posteriormente, las vicisitudes históricas de la tierra que nos vio nacer, anunciáramos a veces la Fundación, como producto de la singularidad y la extraordinaria riqueza de alguno en concreto de los fundadores. Nada más alejado de la realidad.

Todos los fundadores fueron cooperadores necesarios en mayor o menor medida, de lo que estaba naciendo, cuya importancia de futuro no pudieron suponer y que era el resultado del esfuerzo conjunto y deseado de todos ellos. Esto es: nacía la primera Conferencia de San Vicente, como producto de una ensoñación de varios individuos y en absoluto de uno solo de ellos. Cada uno, aportó lo más sobresaliente



para enriquecer aquel nacimiento que iba a revelarse magnífico en la atención a los que sufrían y en verdadero semillero de santos. Todos ellos fueron, sin duda alguna, instrumentos dóciles del Espíritu Santo.

Convencidos de aquella asistencia y trabajando en virtud de la misma, las Conferencias crecieron porque estaban trabajando como una auténtica comunidad, como un auténtico colegio y no pendientes solo de las posibles genialidades de alguno de entre ellos.

Si Federico Ozanam fue fundamental para el mantenimiento de la laicidad de la Sociedad y la energía radiante que arrastraba a sus consocios de la primera hora, Emmanuel Bailly lo fue para redactar el Prologo a la primera Regla de 1.835 y que ha informado la vida de la Sociedad hasta hoy mismo en un texto que no dudo en calificar como auténtica Carta Fundacional de la Sociedad y que todos debiéramos conocer profundamente. Si Le Taillandier, tuvo la primera idea de ir a los pobres, no habría servido para nada, hubiera quedado inservible la llamada, el sueño de Le Taillandier, si los otros no hubieran descubierto en esa vía, el trabajo al que el mismo Dios les llamaba. Si François Lallier no hubiera redactado nuestro primer Reglamento, tan extraordinariamente rico, las primeras Conferencias no hubieran alcanzado la unidad que realmente consiguieron desde los primeros momentos.

En fin, si Sor Rosalie Rendu y los primeros consocios que se van uniendo a los Fundadores, no hubieran colaborado y prestado su amistad sincera y eficaz a la Conferencia naciente, esta posiblemente no hubiera adoptado las costumbres y los usos que hoy nos son tan queridos. Posiblemente, sin Sor Rosalie Rendu, no hubiera quedado tan profundamente incrustado en nuestra memoria y anhelo colectivo, el deseo y la obligatoriedad del contacto personal con el que sufre como seña distintiva y carisma de las Conferencias. Pero que mucho antes lo fue del "señor Vicente", de San Vicente de Paúl.

Eran un grupo de amigos, como repiten las crónicas de la Fundación tantas veces. Un grupo de amigos, que se preocupaba cada uno de ellos, por propiciar a través del ejercicio de la Caridad y de la oración, (individual y comunitaria), el mejoramiento de cada uno de los consocios. Si este deseo no es hoy sentido por alguna Conferencia, es sencillamente porque esta no existe. Tened la seguridad, queridos amigos, que si no existen cada Conferencia la preocupación y la entrega entre los consocios de los unos por los otros, la Conferencia realmente no existe.

Efectivamente: nadie da lo que no tiene y aquel grupo de amigos que se reúnan sin que el amor de los unos por los otros brote de esos encuentros, sin duda serán un grupo humano que ayude, incluso con eficacia, a los más pobres. Pero no serán nunca una verdadera Conferencia de San Vicente de Paúl. Para que esta exista, ha de explicitarse, ha de verse, la real preocupación de cada uno de los vicentinos, por el resto de sus compañeros en la Conferencia. De ese interés, de ese amor manifestado constantemente, surge la capacidad para poder llevar el amor a los más pobres. Si no existe, difícilmente podremos prestarlo a los que lo necesitan.

Cada Conferencia, queridos amigos, queridos consocios, debe intentar vivir y revivir cada día, aquellas vivencias de los fundadores. Si la Sociedad creció, si cada Conferencia dio paso a la creación de otras muchas, fue porque el espíritu

fundacional, se vivía con intensidad. Por ello, cada Conferencia, cada uno de nuestros grupos de trabajo, debe vivir en una aspiración a sentirse en un proceso de fundación permanente, como si fuera el primer día de su existencia, que nos asegure la tensión espiritual y que esta nos conduzca a lograr el mejor servicio a nuestros consocios y a los pobres.

### **Dentro de cada Conferencia, el trabajo por, para y con los jóvenes**

En el terreno al que me he referido antes de la preocupación por la extensión de la Buena Nueva, es especialmente sensible nuestro trabajo, el trabajo de todas y cada una de las Conferencias, hacia los más jóvenes. Si el hombre hoy necesita opciones claras de vida que le permitan remontar e ir más allá del materialismo rampante en el que vivimos buena parte de la Humanidad, esta preocupación es especialmente sentida cerca de los más jóvenes consocios.

En muchos casos y fundamentalmente en las sociedades civiles más desarrolladas, pero no solo en ellas, los más jóvenes se encuentran con una desmotivación y ausencia de valores como he señalado antes, que ha de conformar negativamente su vida. Esta realidad, que puede verse como una amenaza, debe ser para nosotros vivida como una verdadera oportunidad de prestar a los jóvenes un servicio que les ayude a encontrar los caminos de vida que les conduzcan a un verdadero servicio a ellos mismos en primer lugar y posteriormente a los más pobres.

Por ello, si no nos preocupamos por acompañar en su proceso de formación, de discernimiento, a los jóvenes que llegan a nuestras Conferencias, no estaremos haciendo lo que realmente nos demandan. Si no preparamos nuestras Conferencias para recibirlos, si no nos preparamos cada uno de nosotros para servirles en su proceso de maduración, dejaremos de prestar un servicio señalado a los jóvenes que nos sucedan. Porque, como he dicho más arriba y vuelvo a repetir ahora, o nuestra entrega a las Conferencias empieza por los propios consocios o estas no existen. No existe un verdadero compromiso tal y como lo entendieron nuestros fundadores.

Con frecuencia, de una manera equivocada, contemplamos a los más jóvenes consocios, como nuestros herederos naturales, como aquellos que han de dar continuidad a nuestra obra y allí acaban muchas veces nuestra preocupación por ellos. Esta es una terrible equivocación de las Conferencias que así actúan.

Por el contrario, hay que preocuparse por ellos, por como servirles y no por como servirnos de ellos.

### **En el CCCL Aniversario de San Vicente y Santa Luisa**

En la limitación de los hombres, necesitamos de fechas que nos recuerden los acontecimientos vividos por otros seres humanos que nos han de servir de ejemplo. Sería hoy absolutamente inapropiado, que no me refiriera en esta intervención, al aniversario que toda la gran Familia que procede o tenemos como ejemplo elegido a San Vicente está celebrando a lo largo de todo el año.

¿Qué es un patrón si no lo utilizamos como ejemplo de vida?. ¿Qué y quienes son sus colaboradores más íntimos, que significan para nosotros, como influyeron en su obra y como colaboraron al enriquecimiento de la misma?

San Vicente y Santa Luisa, son un ejemplo primero de colaboración fecunda y más tarde de personajes soñadores.

Si ambos no hubieran soñado, si ambos un hubieran puesto en práctica esos sueños, hoy no contaríamos hoy con el ejemplo magnífico de su vida y de sus obras adelantadas a su tiempo.

¿Qué magnífico ejemplo las Hijas de la Caridad?. ¿Pueden ustedes imaginar lo que significo en pleno siglo XVII el nacimiento de una Compañía femenina dedicadas a Dios y trabajando fuera de los claustros?. Cuantas dificultades para que fueran comprendidas y aceptadas. Cuanta insistencia para lograrlo. Cuanto amor derrochado sin medida. Pero cuanta fuerza para mantener el anhelo hasta el final. Hasta conseguir poner al servicio de los hombres, a unas mujeres que, en nombre de Cristo, tanto bien han hecho y hacen hoy, fuera de los conventos. ¡Cuánto esfuerzo para ver realizado lo deseado!

¿Qué hubiera sido del Clero de su tiempo si San Vicente no se hubiese preocupado por su deficiente formación e imaginar como ayudar a ponerla remedio?. ¿Qué hubiera sido de tanto pobre al que el santo se entregó cumpliendo su deseo de ampararles?.

Miremos al santo como algo nuestro. Examinemos y conozcamos su obra. Conozcamos al hombre en sus momentos de dudas e incluso de deseo de aprovechamiento de su situación eclesial para propio beneficio. Aprendamos como supera sus primigenias pulsiones humanas y las sustituye por otras de amor y de encuentro con Cristo.

Esa debe ser nuestra autentica celebración de su CCCL Aniversario: conocerlo y adoptarlo como ejemplo de vida y de entrega a los más pobres y de su apertura intelectual para lograrlo de acuerdo a los procedimientos más útiles, sin importarle la aceptación de los otros. Preocupado solo por lo mejor para el servicio a los necesitados de su ayuda. Por aquellos en los que él veía a Cristo pobre y doliente.

## **FINAL**

Para ir acabando, permítanme en primer lugar, una petición de perdón. Estos años en los que les he servido en la Presidencia General, no siempre han sido fáciles y en ocasiones puedo asegurarles, como he afirmado al principio de esta intervención, extremadamente dolorosos. Durante ellos, he tenido que tomar algunas decisiones que han afectado a personas y que sin duda, a mi propio dolor, se ha unido el dolor provocado a los afectados por ellas.

Quiero a través de estas líneas, pedirles humildemente perdón por no haberlas sabido envolver en ocasiones, suficientemente, con el paño de la caridad. Que sepan, todos los que han sentido el dolor ante decisiones mías, que estas han

estado siempre presididas por lo que creía en cada momento, como lo mejor para el conjunto de la Sociedad y su servicio a los pobres.

Permítanme también, dar las gracias. Ya desde el principio de estas líneas, me he referido a los hombres y mujeres que el Buen Dios ha ido poniendo a disposición del XIV Presidente General, para facilitarle su labor de servicio. Sería injusto que intentara nombrarlas pues, han sido tantas, que sin duda olvidaría alguna y cometería una gran injusticia. Prefiero que todas ellas, que saben muy bien el lugar que ocupan en mi corazón, reciban en silencio en el suyo, este agradecimiento sincero y mi homenaje a cada uno de los que han hecho posible este largo periodo de sereno y productivo servicio en el Consejo General.

Pero también permítanme recordar a las familias de todos ellos, de estos queridos colaboradores, que han prescindido tantas veces de la compañía de sus maridos, esposas, hijos o nietos, para prestárselos a la Sociedad para el servicio de aquellos que sirven directamente a los pobres. En una Institución plenamente incardinada en el mundo, una Institución laical, nada hubiera sido posible de la entrega de estos fieles y diligentes colaboradores, de no haber contado con la colaboración plena y el sacrificio tan frecuente de sus familias. Estas, las familias, han sido protagonistas principales del cometido de los hombres y las mujeres que se han entregado a lo largo de estos años de mi servicio en la Presidencia General a la Sociedad. Para ellas, guardo un recuerdo y un cariño muy afectuoso pues se bien cuanto han colaborado, incluso con iniciativas e ideas concretas, al mejor servicio de los pobres. No quiero, ni debo, olvidar a mi propia familia que tanto ha colaborado a lo largo de estos años, para que pudiera ejercer con libertad y entrega, el servicio que ustedes me habían confiado. Dentro de ella, a mi propia esposa que hoy tengo la alegría de tener entre nosotros. Nada hubiera sido tampoco posible sin su aceptación de la carga que a mi mismo me correspondía.

Déjenme hacerles un último ruego tantas veces repetido a lo largo de esta intervención: no dejen de soñar. No dejen de ensoñar un mundo mejor, más plenamente incorporado a Cristo en el que todos y cada uno de ustedes, todos y cada uno de mis queridos consocios, se sientan profundamente protagonistas de la Historia e intenten cada día que su sueño, se convierta en realidad en base a su esfuerzo y a su oración y que ellos mejoren el mundo. No se dejen arrastrar por la Historia: ¡protagonícenla!. No dejen, queridos amigos de soñar. Sin sueños, sin el esfuerzo de convertirlos en realidad, nada es posible.

Recuerden nuestro lema que debemos llevar siempre implícito en cada uno de nuestros actos: “serviens in spe”. Servir en Esperanza. Esa Virtud sin la que nada es posible para nuestro caminar por el mundo. Para un mundo tan falto en ocasiones de ella. Llévela a todas partes. Háganla compañera de sus vidas. Trasládenla a todos aquellos a los que se acerquen. No la abandonen nunca.

Quiero en estos momentos finales de mi servicio, recordar y hacer mías aquellas célebres palabras de San Agustín en su Sermón 340 que he adaptado para la ocasión: puedo decir con el Santo, que si he vivido asustado con lo que he sido para vosotros, también me ha consolado lo que he sido con vosotros. Para vosotros, he sido el Presidente General, con vosotros he sido vicentino. Aquel nombre, expresa

un deber, este una gracia; aquel indica un peligro, este la salvación a través del servicio a los más pobres.

Como siempre les propongo volver los ojos a María. Al pie de la Cruz, se encontró con su Hijo al que no abandonó nunca, incluso cuando no comprendía lo extraordinario de Su filiación y de su misión salvadora. Que Ella, bajo cuya advocación nos encontramos desde los comienzos mismos de nuestra Fundación, atraiga la mirada de su Divino Hijo sobre nuestras Conferencias y las haga cada día más santas y por lo tanto, mas fuertes, para seguir enfrentándose con las causas y los efectos que hacen sufrir a los hombres de nuestro tiempo y a de los del mañana.

Para con la mayoría de ustedes, queridos amigos de tantos lugares del mundo, será una despedida definitiva, hasta que nos veamos de nuevo en el Cielo por la misericordia de Dios donde ya nos esperan aquellos que nos han precedido y entre los que guardo un especial recuerdo en esta hora, para Cesar Viana, Gerard Gorcy, Ernesto Balladares todos ellos queridos colaboradores que nos han abandonado en estos años de mi servicio. Creo firmemente, que por Su infinita misericordia, así será y allí nos encontraremos.

Hasta entonces, que el Buen Dios les bendiga y acompañe siempre a ustedes a sus familias, a los pobres que atienden y en general a las Conferencias de San Vicente de Paúl a lo largo y ancho del mundo.

Muchas gracias.

José Ramón Díaz-Torremocha  
XIV Presidente General de la  
Confederación Internacional de la  
Sociedad de San Vicente de Paúl.  
i.n.e.d.

Leído en Salamanca, (España), a 28 de mayo de 2.010 durante la Asamblea General.